

misma piedad instintiva con que habia besado los pies del Salvador del mundo.

Al levantarse sintió las ramas del sauce, que agitadas por el viento se movian sobre su cabeza.

Entónces alargó los brazos, las reunió y las estrechó contra su corazon.

Era esto como un último abrazo dado á la cabellera de su madre, que flotaba á merced del viento.

Detuviéronse allí mucho tiempo los dos niños; pero el día empezaba á desaparecer.

Era preciso, por lo tanto, abandonar aquella tumba, la única cosa que parecía recordar el pobre Pitou.

Al separarse de ella, Pitou tuvo por un momento la idea de arrancar una de las ramas de aquel sauce y meterla en su casco; pero se detuvo.

Se figuró que seria causar un dolor á su pobre madre el arrancar la rama de un árbol, cuyas raices envolvian tal vez el atahud deshecho en que reposaba su cadáver.

Besó por última vez la tierra, volvió á tomar de la mano á Sebastian, y se alejó.

Todos los habitantes se encontraban en el campo, y así es que muy pocas personas habian visto á Pitou, que disfrazado además con su casco y sus armas, no fué reconocido por nadie.

En seguida tomó el camino de Villers-Cotterets, camino delicioso que cruza la selva en la longitud de tres cuartos de legua, sin que ningun objeto animado le distrajese de su dolor.

Sebastian le seguia silencioso y pensativo.

A eso de las cinco de la tarde llegaron los viajeros á Villers-Cotterets.

CAPITULO LV

De cómo Pitou que habia sido maldecido y arrojado de casa de su tia por un barbarismo y tres solecismos, fué vuelto á maldecir y vuelto á echar por ella, por causa de un ave compuesta con arroz.

Pitou llegó á Villers-Cotterets por la parte que se llama la Faisanderie; cruzó por medio del salon de baile, de-

sierto durante la semana, y adonde no hacia un mes aun, habia llevado Pitou á Catalina.

¡Qué de cosas habian pasado á Pitou y á la Francia durante aquellas tres semanas!

Despues, habiendo seguido la larga calle de castaños, se dirigió á llamar á la puerta del cura Fortier.

Tres años hacia que Pitou habia salido de Haramont, y solo hacia tres semanas que faltaba de Villers-Cotterets; así es que nada tiene de estraño que no le reconociesen en el primer punto y que le conocieran en el segundo.

En un momento, se estendió por todas partes la noticia de que Pitou acababa de llegar con el jóven Sebastian Gilberto y que ambos habian entrado por la puerta falsa de la casa del cura Fortier; que Sebastian estaba poco mas ó menos lo mismo que cuando se marchó; pero que Pitou llevaba un gran casco y un enorme sable.

De aquí resultó que se agolpó mucha gente ante la casa del cura, y delante de la puerta principal; porque se supo que si Pitou se habia introducido en ella por la puerta falsa, saldria por la que daba á la calle de Soissons.

Este era el camino que debia tomar para dirigirse á Pleux.

Efectivamente, Pitou no se detuvo en casa del cura Fortier mas que el tiempo necesario para entregar en manos de su hermana la misiva del doctor, y dejar á Sebastian Gilberto cinco luises destinados á pagar su pension en el colegio.

La hermana del cura tuvo al principio mucho miedo cuando vió introducirse por la puerta del jardin al formidable soldado; pero bien pronto bajo el casco del dragon, reconoció el semblante risueño y cándido de Pitou, lo que la tranquilizó un poco.

Por último, la vista de los cinco luises acabó de tranquilizarla enteramente.

Este temor era tanto mas fácil de explicar en aquella pobre muger, cuanto que el cura Fortier habia salido para llevar á paseo á sus discipulos y se hallaba enteramente sola en la casa.

Pitou, despues de haber entregado la carta y los cinco

luisés, abrazó á Sebastian y salió poniéndose su casco en la cabeza con una envidiable marcialidad.

Sebastian derramó algunas lágrimas al separarse de Pitou, aunque aquella separacion no debia ser larga y su compañía no fuera de lo mas entretenida; pero la constante alegría, la complacencia y la completa abnegacion del jóven Pitou habian conmovido á Sebastian. Pitou se asemejaba á uno de esos nobles perros de Terranova, que cansan muchas veces, pero que concluyen por desarmar la cólera lamiendo las manos.

Una cosa endulzaba el dolor de Sebastian, y fué que Pitou habia prometido ir á verle á menudo.

Una cosa templaba el dolor de Pitou, y era que Sebastian le habia dado las gracias por su ofrecimiento.

Ahora sigamos por un momento á nuestro héroe, que se dirigia desde la casa del cura Fortier á la de su tia Angélica, situada, como ya sabemos, á la estremidad de Pleux.

Al salir de la casa del cura, Pitou se encontró con una veintena de personas que le esperaban. Su extraño equipo, cuya descripcion habia corrido de boca en boca por toda la ciudad, era conocido ya de muchas de las personas que le esperaban. Al verle volver de París con aquel trage de París donde se batian, se presumia con mucho fundamento que Pitou se habia batido, y todos deseaban oír noticias de su boca.

Pitou dió las noticias que le pedian con su acostumbrada gravedad; refirió la toma de la Bastilla, las hazañas de Billot y de Mr. Maillard, de Mr. Elías y de Mr. Hullin; cómo Billot habia caido en el foso de la fortaleza y como él, le habia sacado de allí; en fin, contó la manera con que habia sido puesto en libertad Gilberto, que hacia ocho dias se hallaba encerrado en la Bastilla.

Los oyentes sabian ya sobre poco mas ó ménos lo que les contaba Pitou; pero habian leído estas noticias en las gacetas de aquella época, y siempre es mas interesante oírlas referir por un testigo ocular, á quien se pueden hacer preguntas, y de quien se pueden escuchar pormenores curiosos.

Ahora bien, Pitou hablaba, respondia, daba todos los detalles que le pedian no incomodándose por las interrupciones y este diéndose mucho en sus relatos.

De aquí resultó que pasó una hora delante de la casa del cura Fortier rodeado por un numeroso auditorio, y que hubiera pasado mas, si á uno de sus oyentes no le hubiera ocurrido decir:

— Pitou estará cansado y le tenemos aquí de pie en vez de dejarle ir á casa de su tia Angélica. ¡Pobre muger! ¡cómo se alegrará de verle!

— Lo que es cansado no lo estoy; pero sí tengo hambre. Yo no me canso nunca, ni dejo nunca de tener apetito.

Con arreglo á esta declaracion de Pitou, el auditorio, que respetaba las exigencias del estómago del viagero, le abrió paso respetuosamente, y Pitou, seguido de algunos curiosos mas tenaces que los demás, pudo llegar por fin á casa de su tia.

La tia Angélica estaba ausente y la puerta se hallaba cerrada.

Muchas personas invitaron á Pitou á que entrase en su casa á tomar lo que necesitara; pero Pitou se negó abiertamente á admitir estas ofertas.

— ¡Pero ya ves, Pitou, que está cerrada la puerta de la casa de tu tia!

— La puerta de la casa de una tia no puede permanecer mucho tiempo cerrada ante un sobrino sumiso y hambriento, dijo sentenciosamente Pitou.

Y sacando su enorme sable, cuya hoja hizo retroceder á las mugeres y los niños, introdujo su punta entre el pestillo y la armella de la cerradura, dió un violento empuje, y la puerta se abrió con gran admiracion de los circunstantes, que ya no pusieron en duda las hazañas de Pitou desde que le vieron tan temerariamente arrostrar la cólera de su anciana tia.

El interior de la casa era constantemente el mismo que en los tiempos de Pitou. El famoso sillón de cuero, ocupaba orgulosamente el centro de la habitacion. Otras

dos sillas ó estropeados taburetes servian de cortejo al macizo sillón : en el fondo se hallaba la alacena y á la derecha estaba situada la chimenea.

Pitou entró en su casa pintándose en su semblante una alegre y satisfactoria sonrisa. Nada tenia que argüir contra aquel miserable moviliario que habia sido su compañero de infancia.

Eran, es verdad, aquellos muebles tan duros como la tia Angélica; pero al ménos cuando se los abria se hallaba en ellos algo de bueno, en tanto que si se hubiera abierto á la tia Angélica, se la hubiera encontrado mas seca y mas dura aun por dentro que por fuera.

Pitou dió en el mismo momento una prueba de lo que vamos diciendo á las personas: que le habian seguido y que viendo lo que pasaba, miraban por la parte de afuera, deseosos de saber lo que sucederia á la vuelta de la tia Angélica.

Era fácil de observar además, que aquellas personas tenian las mayores simpatías hácia Pitou.

Ya hemos dicho que Pitou tenia hambre, hasta tal punto, que era fácil conocerlo en la alteracion de sus facciones.

Así es que no perdió el tiempo y se fué derecho á la alacena.

En otro tiempo, y decimos en otro tiempo, aunque nos referimos á tres semanas atrás, pues nosotros estamos persuadidos de que el tiempo no se mide por la duracion, sino por los sucesos; en otro tiempo Pitou á ménos de ser impulsado por el ángel malo ó por un hambre irresistible, poderes infernales que se asemejan mucho, se hubiera sentado sobre el umbral de la puerta cerrada, hubiera esperado humildemente la vuelta de su tia Angélica, y así que hubiese vuelto, la hubiera saludado con una dulce sonrisa; despues apartándose á un lado la hubiera dejado libre el paso para dejarla entrar. Hubiera entrado tras ella presentándola en seguida el pan y el cuchillo para que le diese su racion, y despues hubiera dirigido una mirada de codicia, una triste mirada hu-

milde y magnética; magnética hasta el punto de atraer el queso ó la carne colocada sobre la tabla de la alacena.

Electricidad magnética que rara vez producía buen resultado, pero que lo obtenia en alguna ocasion.

Pero hoy Pitou era ya un hombre, y obraba de distinto modo: así es que abrió tranquilamente la alacena, sacó de su bolsillo una navaja, tomó el pan y cortó angulosamente un trozo que podia pesar unas dos libras.

En seguida volvió á dejar el pan en la alacena.

Despues de lo cual, sin perder nada de su prosopopeya, se arrojó sobre los demás comestibles.

Por un momento Pitou creyó oír el gruñido de la voz de la tia Angélica.

Cuando Pitou formaba parte de la familia de la casa, la avara tia escaseaba los platos por evitar un descalabro en caso de un ataque brusco; pero así que desapareció el temible gloton, se trató con algun mayor regalo. Tan pronto era el asado de vaca adornado con zanahorias y setas, tan pronto un guisado de cordero con sabrosas patatas, ó unas patas de ternera sazonadas con alguna conserva en vinagre.

Durante toda la semana, la tia Angélica acariciaba estos deliciosos manjares con suma parsimonia, no haciendo mas brecha que la que era preciso para satisfacer las exigencias del momento.

Pitou llegó en un momento feliz.

Llegó en un dia (era lunes) en que la tia Angélica habia mandado cocer en una cazuela de arroz un viejo gallo, que habia cocido tanto, que la carne se habia llegado á separar de los huesos poniéndose medianamente blanda.

El plato era formidable, y aunque en la parte exterior presentaba un subido color negro, por la parte de dentro, desenvolvía á la vista una infinidad de seductores atractivos.

Pitou ni aun tuvo la cortesania de prorumpir en un ay de admiracion al contemplar aquella maravilla.

Cogió la espaciosa cazuela con la mano izquierda, y

la sostuvo en equilibrio por medio de la presión de su dedo pulgar, que sumergió hasta la primera falange en una grasa compacta y bastante sustanciosa.

En aquel instante se le figuró á Pitou que una sombra se interponía entre la luz que penetraba por la puerta y él. Esta sombra era la del cuerpo de la tía Angélica.

De la tía Angélica, mas avara, mas gruñona, mas inflexible que nunca.

En otro tiempo (y aquí nos vemos obligados á acudir á la anterior figura, esto es, la comparación) al ver á la tía Angélica, Pitou hubiera dejado caer la cazuela; y en tanto que la tía Angélica se bajaba para recoger desesperada los restos de su gallo y las partículas de su arroz, él hubiera saltado por encima de su cabeza yéndose á esconder, con su pan debajo del brazo, al mas oscuro rincón de la casa.

Aquella muger se adelantó resueltamente hácia su sobrino, arrancando la cazuela de sus manos, y profiriendo al mismo tiempo una blasfemia que veinte años despues hubiera sentado perfectamente á un granadero de la antigua guardia.

Pitou exhaló un suspiro.

— ¡Oh! ¡querida tía! exclamó; sentís vuestro gallo, ¿no es cierto?

— Malvado, exclamó la tía Angélica.

Pitou se levantó.

— Tía, dijo magestuosamente; yo tengo intención de pagaros, puesto que tengo dinero. Me pondré de huésped si os conviene, en vuestra casa.

— ¡Tunante! exclamó la tía Angélica.

— Veamos, os debo una comida: cuatro cuartos de arroz, dos de pan. Seis cuartos.

— ¡Seis cuartos! exclamó la tía; seis cuartos, cuando te has comido por valor de mas de ocho cuartos de arroz y seis de pan!

Volvióse hácia ella sonriendo, pues Pitou era una de esas naturalezas felices y sencillas en quienes la satisfacción del corazón se pinta en el semblante.

Pero Pitou no era ya el mismo que antes; su casco y su sable le habían cambiado ménos en su físico, que por su trato con los filósofos de la época, en la parte moral.

En vez de huir aterrado á vista de su tía, se aproximó con una apacible y graciosa sonrisa, estendió hácia ella sus brazos, y aunque la tía procuró esquivar aquella afectuosa demostración, la estrechó entre sus dos antenas, malamente llamadas brazos, oprimiéndola contra su pecho en tanto que sus manos ocupadas, la una con el pan y la otra con la cazuela, se cruzaban por detrás de su espalda.

Despues, así que hubo terminado este acto de nepotismo que consideraba como una obligación que era preciso cumplir, respiró con toda la plenitud de sus pulmones diciendo:

— Sí, tía Angélica, aquí está vuestro pobrecillo Pitou.

Al sentir aquel vigoroso apretón la vieja solterona se había figurado que cogido *in fraganti* delito, Pitou había tratado de ahogarla, como en otra ocasión había Hércules ahogado á Anteo.

Así es que respiró á su vez así que se vió libre de aquel terrible abrazo.

Únicamente la tía pudo notar que Pitou, ni aun había manifestado su admiración á la vista del gallo.

Pitou era no solo un ingrato, sino un desatento.

Pero otra cosa oprimía mas cruelmente el corazón de su tía Angélica, y era que Pitou, que en otro tiempo no se atrevía ni aun á sentarse en una de las miserables sillas ante su presencia, se había instalado cómodamente en el sillón, colocando la cazuela entre sus piernas y disponiéndose á dar buena cuenta de su contenido.

Con su poderosa diestra, como dice la Escritura, empuñaba el cuchillo, verdadera espátula, con ayuda de la cual el Polifemo trasegaba su colación.

En la otra mano presentaba un enorme bocado de pan de tres pulgadas de ancho por cinco de largo, verdadera escoba con la cual recogía el arroz sobre la espaciosa hoja del cuchillo, mientras que éste por su lado y en prueba

de reconocimiento, trasladaba la carne sobre el pan.

Diestra y cruel maniobra que tuvo por resultado al cabo de pocos momentos el hacer aparecer el fondo de la cazuela, como en la baja marea aparecen las arenas de la playa.

Pintar la espantosa perplejidad de la tía Angélica, reproducir su desesperación, sería una cosa superior á las fuerzas humanas.

Por un momento creyó poder exhalar un grito de dolor.

Pero se ahogó dentro de su pecho.

Pitou se sonrió con un aire tan fascinador, que el grito no pudo abrirse paso al exterior.

Entonces ella procuró también sonreír, esperando conjurar aquel animal feroz, llamado hambre, que se enseñoreaba en aquel momento del estómago de su sobrino.

Pero la tía en lugar de producir una sonrisa, derramó abundantes lágrimas.

Esto disgustó un poco á Pitou; pero no le impidió seguir comiendo.

— ¡Oh! ¡querida tía! exclamó, ¡qué buena sois en verter esas lágrimas de alegría por mi llegada!

Gracias, querida tía, gracias.

Y continuó comiendo.

Indudablemente la revolución francesa había transformado y desnaturalizado completamente aquel ser humano.

Devoró tres cuartos del gallo, y dejando un poco de arroz en el fondo de la cazuela:

— Querida tía, dijo; vos sin duda preferireis el arroz, ¿no es verdad? es más blando y más fácil de masticar para vuestros dientes. Os dejo el arroz.

En aquella muestra de atención que la tía Angélica tomó sin duda por una burla cruel, la pobre mujer estuvo á punto de ser acometida de un ataque cerebral.

— El gallo no le pongo en cuenta, pues es de vuestro corral. Es un antiguo conocido mío y le he reconocido al momento en la cresta.

— Con todo, no por eso deja de tener su precio.

— Tiene nueve años, y os lo traje sacándole bajo de la pechuga de su madre, cuando abultaba ménos que el puño, y recuerdo que me zurrásteis por no haber traído trigo que darle al día siguiente. Era mío y no he hecho más que comer de lo mío.

La tía, ciega de cólera, pulverizó á aquel revolucionario con una mirada, pues no podía hablar.

— ¡Sal de aquí! exclamó al fin.

— En cuanto haya tenido el tiempo suficiente para hacer la digestión; sois demasiado exigente.

— ¡Sal de aquí!

Pitou se levantó, notando con la mayor satisfacción que su estómago no podía contener un grano más de arroz.

— Tía, dijo con la mayor gravedad; sois una mala tía. Pues bien; no me acomoda que vayais diciendo por todas partes que soy un gloton y mal pagador.

Y diciendo esto se colocó en el dintel de la puerta, y con una voz de Stentor que pudo ser oída no solo de los curiosos que se agolpaban á la puerta, sino de todas las personas que pasasen á quinientos pasos, exclamó:

— Pongo á esas buenas gentes por testigos de que acabo de llegar de París, y que he venido á pie después de haber ayudado poderosamente á la toma de la Bastilla; que me he sentado; que he comido en casa de mi tía y que me han regañado y echado en rostro cruelmente el alimento que he necesitado; que luego me han arrojado despiadadamente de esta casa, obligándome á ausentarme de ella.

Y Pitou dió el tono más patético que pudo á aquel exordio hasta el punto de que aquellas gentes empezaron á murmurar contra la vieja solterona.

— A un pobre viagero, continuó Pitou, que ha andado nueve leguas á pie, un joven honrado con la confianza de Mr. Billot y de Mr. Gilberto, que ha conducido á Sebastian Gilberto á casa del cura Fortier; un vencedor de la Bastilla, un amigo de Mr. Bailly y del general

Lafayette. Pues bien, yo os pongo por testigos de que me han arrojado de esa casa.

Los murmullos fueron tomando cuerpo.

— Y como yo no soy ningun mendigo, prosiguió Pitou, como cuando se me echa en cara el alimento que he necesitado lo pago, hé aquí que doy un escudo por lo que he comido en casa de mi tía.

Y diciendo esto sacó Pitou orgullosamente un escudo de su bolsillo y le arrojó sobre la mesa, desde donde, á vista de todo el mundo rebotó y fué á sumergirse en la cazuela de arroz.

Este nuevo rasgo acabó de perder á la vieja: esta bajó la cabeza bajo el peso de la reprobacion general expresada en un prolongado murmullo; veinte brazos se adelantaron en direccion á Pitou, que salió de la casa triunfalmente, y que desapareció escoltado por la multitud que le ofrecia en todas partes abrigo y alimento, orgullosa de admitir en su casa á un vencedor de la Bastilla, á un amigo de Mr. Bailly y del general Lafayette.

La tía recogió el escudo, le limpió y le puso en la hortera donde debia esperar en compañía de otros muchos su permuta en viejos luises de oro.

Pero al guardar este escudo que habia llegado á sus manos de un modo tan estraño, suspiró y reflexionó que tal vez Pitou tenia derecho para comer de todo, puesto que pagaba tan bien.

CAPITULO LVI

Pitou revolucionario.

Pitou despues de haber dado cumplimiento á los primeros deberes de la obediencia, quiso satisfacer las primeras necesidades de su corazon.

Esto es una cosa bien fácil de obedecer cuando la orden del que manda realiza todas las simpatías del que obedece.

Así es que se puso en marcha, y siguiendo la callejuela que va desde Pleux á la calle de Loune, rodeando como con un cinturon verde aquella parte de la ciudad echó á correr por el campo para llegar cuanto antes á la hacienda de Pisseleux.

Pero bien pronto detuvo el ímpetu de su carrera, pues cada paso le traia un recuerdo á su memoria.

Cuando entra uno en la ciudad ó en el pueblo donde ha nacido, se camina sobre la juventud, sobre los pasados dias, que se estienden, como dice el poeta inglés, como una alfombra bajo los pies, para festejar á un viagero que llega.

A cada paso se halla un recuerdo en un latido del corazon.

En una parte se ha sentido un dolor, en otra una alegría, esta tierra fué regada con lágrimas de desesperacion, aquella otra con lágrimas de ventura.

Pitou que no era muy analizador, se vió precisado á ser hombre; reunió todo su pasado durante el camino, y llegó con el alma preñada de sensaciones á la hacienda de Billot.

Cuando divisó á cien pasos de él aquellos queridos techos, cuando midió con su vista los olmos seculares que se elevan retorciéndose para ver desde lo alto humear las ennegrecidas chimeneas; así que oyó el ruido lejano que producen los animales domésticos, de los perros, de las carretas, colocó bien el casco en su cabeza, afirmó en su costado el sable de dragon, y procuró dar á su continente el mas digno aspecto, el que convenia á un amante y á un militar.

Nadie le reconoció al principio, lo cual probaba que habia conseguido su intento.

Un criado estaba dando de beber á las caballerías, oyó ruido, se volvió, y á través del espeso ramage de un sauce divisó á Pitou, ó mejor dicho, un casco y un sable.

El criado se quedó mudo de asombro y de estupor. Pitou al pasar junto á él, le llamó.

— ¡Eh, Barnaut! ¡buenos dias, Barnaut!

El criado sobrecogido al ver que aquel casco y aquel sable sabian su nombre, se quitó el sombrero con el mayor respeto.

Pitou pasó junto á él sonriendo.

Pero no por eso se tranquilizó el criado, pues la benévola sonrisa de Pitou quedó encubierta bajo su casco.

Al mismo tiempo la señora Billot divisó al militar á través de los cristales del comedor y se levantó.

En aquella época estaban siempre en continua alarma los habitantes de los campos; corrían rumores terribles, hablábase de bandidos y malhechores que prendian fuego á los bosques y segaban los trigos fuera de sazón.

¿Qué significaba la llegada de aquel soldado? ¿Era un enemigo ó un defensor?

La señora Billot habia recorrido con una mirada todo el conjunto que presentaba Pitou, y no podia compaginar aquel calzado de aldeano con aquel brillante casco; esta observacion no la dejaba muy satisfecha.

El militar entró con resolucion en la cocina.

La señora Billot se adelantó hácia el recién llegado. Pitou para no quedarse atrás en punto á cortesania se quitó el casco.

— ¡Angel Pitou! dijo la señora Billot.

— Buenos dias, señora Billot, respondió Pitou.

— ¡Angel! ¡Oh Dios mio! ¿quién lo habia de haber adivinado? ¿pero has sentado plaza?

— ¡Sentar plaza!

Y Pitou se echó á reir con cierto aire de superioridad.

En seguida miró en torno suyo, y no vió lo que buscaba.

La señora Billot se sonrió tambien adivinando el pensamiento de Pitou.

En seguida dijo con la mayor sencillez:

— ¿Buscas á Catalina?

— Para saludarla, señora Billot.

— Está secando la ropa. Vamos, siéntate, mirame, áblame.

— Está bien, señora Billot, buenos dias, buenos dias, buenos dias, señora Billot.

Y diciendo esto Pitou tomó asiento.

A su alrededor se agruparon todos los criados de la hacienda atraídos por la curiosidad.

Y á cada uno que iba llegando se oía repetir:

— ¡Es Pitou!

Pitou paseó sus benévolas miradas sobre todos sus antiguos compañeros. Su sonrisa fué una caricia para la mayor parte de ellos.

— ¿Y tú vienes de París? Angel, continuó la dueña de la casa.

— ¡Derechito, señora Billot!

— ¿Y cómo se encuentra nuestro amo?

— Perfectamente, señora Billot.

— ¿Y París, como sigue?

— Muy mal, señora Billot.

— ¡Ah!

Y el círculo de oyentes se estrechó.

— ¿Y el rey? preguntó la arrendataria.

Pitou meneó la cabeza, y con la lengua produjo un chasquido muy humillante para la monarquía.

— ¿Y la reina?

A esta pregunta Pitou no dió contestacion de ninguna especie.

— ¡Oh! exclamó Mad. Billot.

— ¡Oh! repitió en coro el agrupado auditorio.

— Vamos, continúa, Pitou, dijo la arrendataria.

— ¡Oh! preguntadme señora, dijo Pitou, que procuraba hablar lo ménos posible, y dejar lo interesante de su narracion para cuando estuviese presente Catalina.

— ¿Cómo es que llevas ese casco? preguntó Mad. Billot.

— Es un trofeo, contestó Pitou.

— ¿Y qué es un trofeo?

— ¡Oh! es cierto, dijo Pitou asomando á sus labios una protectora sonrisa; no os hallais en el caso de saber lo que es un trofeo. Un trofeo significa haber vencido á un enemigo, señora Billot.

— ¿Y qué, has vencido tú á algun enemigo?

— ¡Uno! dijo desdeñosamente Pitou: ¡ah! mi querida señora Billot; ¿pues no sabéis que Billot y yo nos hemos apoderado de la Bastilla?

Aquella palabra mágica electrizó al auditorio. Pitou sintió rozar sus cabellos el aliento de los circunstantes, y apoyarse sus manos en el respaldo de la silla.

— Cuenta, cuenta algo de lo que ha hecho mi marido, dijo la buena muger llena de orgullo y de temor al mismo tiempo.

Pitou dirigió una mirada para ver si llegaba Catalina, pero Catalina no parecía.

Figurábasele que era una cosa ofensiva para su amor propio que la señorita Billot no dejara sus quehaceres para oír noticias tan interesantes, y traídas por semejante correo.

Pitou movió tristemente la cabeza; empezaba á encontrarse mal.

— Eso es muy largo de referir, dijo.

— ¿Y traes gana de comer?

— Así, así.

— ¿Y sed?

— No digo que no.

En el mismo momento criados y criadas corrieron solícitos por todas partes, de manera que Pitou se encontró en un instante rodeado de pan, de pedazos de carne, y de frutas de todas especies.

Pitou tenía buen diente, y digería como un avestruz; pero por pronto que hiciese la digestion, no podía aun haber concluido con el gallo de la tía Angélica, cuyo último bocado haría apenas una media hora que había atravesado su garganta.

Aquella estrategia no le hizo ganar el tiempo que él se había figurado, pues sus deseos fueron cumplidos con mas precipitacion de lo que él hubiera deseado.

Así es que se vió precisado á hacer un esfuerzo y se puso á comer.

Pero por muy buenos ánimos que tuviese, al cabo

de pocos instantes se vió precisado á suspender su comida.

— ¿Qué tienes? Preguntó Mad. Billot.

— ¡Oh! tengo...

— Que le traigan algo que beber.

— Aquí tengo cidra, señora Billot.

— Tal vez prefieras un vaso de aguardiente.

— ¿Aguardiente?

— Sí; ¿no te has acostumbrado en París á beber aguardiente?

La buena muger suponía que durante aquellos doce dias de ausencia, Pitou había tenido bastante tiempo para relajar sus buenas costumbres.

Pero Pitou rechazó orgullosamente esta suposicion.

— ¡Aguardiente! exclamó, yo no bebo aguardiente.

— Pues entónces habla.

— Si he de hablar, será menester que despues vuelva á empezar mi narracion cuando venga la señorita Catalina, y mi narracion es muy larga.

Dos ó tres personas se adelantaron para ir á buscar á Catalina.

Pero miéntras que se disponian á buscarla, Pitou volvió maquinalmente la vista hácia la escalera que conducia al piso principal, y vió por una puerta entreabierta á Catalina asomada á una ventana.

Catalina dirigía sus miradas hácia el lado de la selva; esto es, hácia Boursonne.

Hallábase de tal modo embebida en su contemplacion, que no había oido nada de cuanto había pasado en la casa, ni había visto el movimiento que reinaba en la parte de afuera.

— ¡Ah! murmuró Pitou exhalando un triste suspiro, mira hácia Boursonne, hácia el sitio de Mr. Isidoro de Charny: sí, sí, eso es lo que la llama tanto la atencion.

Y dejó escapar otro suspiro mas triste aunque el primero.

En aquel momento volvian los que habían ido á buscar á Catalina.

— ¿Y bien, viene ya? preguntó Mad. Billot.

— No, no hemos encontrado á la señorita.

— ¡Catalina! ¡Catalina! gritó Mad. Billot.

Pero la jóven no la oyó.

Pitou entónces se aventuró á hablar :

— Señora Billot, dijo, yo sé bien por qué motivo no han encontrado á Catalina en la habitacion de la ropa blanca.

— ¿Por qué?

— Por que no está allí.

— Segun eso, ¿tú sabes donde está?

— Sí.

— ¿Y donde está?

— Allá arriba.

Y cogiendo á la arrendataria de la mano, la hizo subir los tres ó cuatro primeros escalones, y la enseñó á Catalina que se hallaba sentada en el borde de la ventana.

— Se está peinando, dijo la buena muger.

— ¡Ah! no se peina, dijo melancólicamente Pitou.

Pero Mad. Billot no hizo alto en la melancolía del héroe de Paris, y la llamó segunda vez.

— ¿Qué quereis? dijo Catalina.

— Ven, dijo la arrendataria, no dudando del efecto que iban á producir sus palabras. Ha llegado Angel de Paris.

— ¡Ah! exclamó Catalina con frialdad.

Pero con tanta frialdad, que heló el corazon del pobre Pitou.

Y despues Catalina bajó la escalera con la tranquila fisonomía de las alemanas de los cuadros de Van Ostade ó de Brauwer.

— Es verdad, dijo Catalina, poniendo el pie en la habitacion del piso bajo ¡es él!

— Pitou se inclinó ante Catalina con el rostro encendido y trémulo de indignacion.

— Trae un casco, dijo una criada al oido de Catalina. Pitou oyó esta palabra, y estudió el efecto que producía sobre el semblante de Catalina.

Pero Catalina no espresó en su fisonomía la menor admiracion por el casco de Pitou.

— ¿Un casco? preguntó ¿y por qué motivo lleva un casco?

Por aquella vez la indignacion pudo mas que todo en el ánimo del jóven.

— Tengo un casco y un sable, dijo levantando orgullosamente la cabeza, porque me he batido y he muerto á muchos dragones y suizos, y si lo dudais señorita Catalina, preguntádselo á vuestro padre.

Catalina estaba tan preocupada, que no pareció oír la respuesta de Pitou.

— ¿Y cómo está mi padre? preguntó; ¿y por qué no viene con vos? ¿Hay malas noticias en Paris?

— Muy malas, dijo Pitou.

— Yo creia que todo se habia arreglado ya.

— Así era en efecto, pero todo se ha vuelto á desarreglar despues.

— ¿Pues qué, no han acordado unánimemente el pueblo y el rey la vuelta de Mr. Necker?

— Sí, se trata de la vuelta de M. Necker, dijo Pitou con cierto aire de importancia.

— Y esto ha cumplido todos los deseos del pueblo, ¿no es cierto?

— Sí, los ha satisfecho hasta tal punto, de que el pueblo se halla dispuesto á hacerse justicia por sí mismo matando á todos sus enemigos.

— ¡A todos sus enemigos! exclamó Catalina llena de asombro. ¿Y quiénes son los enemigos del pueblo?

— Los aristócratas.

Catalina palideció.

— ¿Pero á quiénes llaman aristócratas?

— ¿A quién? á los que poseen muchas tierras, á los que tienen palacios, á los que matan de hambre al pueblo, á los que lo tienen todo, cuando nosotros no tenemos nada.

— ¿Y á quiénes mas? preguntó la impaciente Catalina.

— A los que tienen hermosos caballos y magníficos carriages, en tanto que nosotros vamos á pie.

— ¡Oh Dios mio! exclamó la jóven pasando del color pálido al lívido.

Pitou notó esta alteracion del semblante de Catalina.

— Llamo aristócratas á vuestros amigos.

— ¿A nuestros amigos? preguntó Mad. Billot.

— ¿Por quién lo decís? dijo Catalina.

— Por Mr. Berthier de Savigny, por ejemplo.

— ¿Por Mr. Berthier de Savigny?

— Que os dió las hebillas de oro que llevábais el día que bailásteis con Mr. Isidoro.

— ¿Y qué?

— Pues bien, yo que os estoy hablando, he visto á personas que se han comido su corazón.

Un grito de horror se escapó á un tiempo de todas las bocas.

Catalina se dejó caer sobre una silla que se hallaba á su lado.

— ¿Y tú has visto eso? preguntó la señora Billot trémula de horror.

— Y Mr. Billot también.

— ¡O Dios mío!

— Sí, y á estas horas habrán degollado ó quemado vivos á todos los aristócratas de París y de Versalles.

— ¡Eso es horroroso! exclamó Catalina.

— ¿Horrible? ¿y por qué? Vos no sois aristócrata, dijo Pitou.

— Pitou, dijo Catalina con una energía llena de tristeza, se me figura que no érais tan feroz antes de vuestro viage á París.

— Ni lo soy ahora, dijo Pitou, pero...

— Pues entónces no os vanaglorieis de los crímenes que cometen los parisienses, puesto que vos no sois parisiense, y que no habeis cometido esos crímenes.

— Tan lejos he estado de cometerlos, que ha faltado muy poco para que Mr. Billot y yo hayamos sido víctimas de nuestro buen corazón, por defender á Mr. Berthier.

— ¡Oh mi buen padre! ¡mi noble padre! no puedo ménos de reconocerle en esa noble accion, exclamó Catalina llena de exaltacion.

Pitou contó entónces la escena terrible de la plaza de la

Greve, la desesperacion de Billot, y su deseo de volver á Villers-Cotterets.

— ¿Y por qué no ha venido? preguntó Catalina con un acento que conmovió profundamente el corazón de Pitou, como uno de esos presagios siniestros que los adivinos sabian hacer penetrar tan profundamente en los corazones.

— Mr. Gilberto no ha querido que venga, dijo Pitou.

— ¿Pues qué, preguntó Mad. Billot, quiere por ventura Gilberto que maten á mi marido?

— ¿Quiere que se pierda la casa de mi padre? añadió Catalina.

— ¡Oh! nada de eso, contestó Pitou. Mr. Billot y Mr. Gilberto se han comprendido perfectamente, y Mr. Billot se quedará aun por algunos días en París para terminar la revolucion.

— ¿Y ellos solos van á terminarla? preguntó la arrendataria.

— No, con ayuda de Mr. de Lafayette y Mr. de Bailly.

— ¿Y cuándo piensa volver? preguntó Catalina.

— Respecto al tiempo nada puedo deciros de fijo, señorita.

— ¿Y tú cómo es que has venido, Pitou?

— Yo he sido comisionado para traer á casa del cura Fortier á Sebastian Gilberto, y vengo aquí á traer las instrucciones de Mr. Billot.

Y Pitou, dichas estas palabras, se levantó, no sin cierta dignidad diplomática, que fué comprendida de los amos de la casa, si bien pasó desapercibida para los criados.

La señora Billot se levantó también y despidió á todos ellos.

Catalina permaneció sentada y estudió hasta en el fondo de su alma, los pensamientos de Pitou antes de que estos saliesen de sus labios.

— ¿Qué irá ahora á decirme? dijo la jóven para sus adentros.